



La encíclica, difundida el 15 de octubre de 1998, reafirma la enseñanza tradicional en continuidad con el Concilio Vaticano I y con León XIII que en 1879 asumió el pensamiento de Tomás de Aquino en cuanto a Fe y Razón. En este marco, Juan Pablo II afirma la relativa autonomía de la filosofía, la distinción entre fe y razón y su mutua complementariedad.

Al asumir esta tradición, Juan Pablo II habla con nuevos acentos. En contraste con los documentos del siglo XIX y Santo Tomás, su enfoque es más agustiniano. Comenzando con las experiencias del «corazón inquieto» en su búsqueda hacia el significado último, sigue los movimientos de la mente humana en lo que San Buenaventura llamó el viaje hacia Dios. (itinerarium mentis in Deum) Aun cuando Juan Pablo II considera la mente capaz de establecer la existencia de Dios, se sustenta más en signos que en pruebas.

Desde una posición personalista, refuerza la importancia de la confianza en otras personas que han encontrado la verdad y se han entregado a ella. «Los mártires nos imponen una profunda fuerza, ya que le dan voz a nuestras vivencias, y ellos profesan lo que nosotros quisiéramos poder expresar.»

Para el Papa la fe no es un complemento a la razón y menos aún su rival. No pueden competir, porque una implica a la otra. La fe permite a la razón satisfacer su propio dinamismo hacia la verdad última, mientras la razón permite a la fe articular el significado de sus creencias.

Ambas pueden ser entendidas mejor desde las perspectivas de la historia. La razón humana, herida por la Caída, necesita ser curada por la Gracia. En su

Reflexiones sobre la nueva encíclica

Fe y Razón

AVERY DULLES, S.J.

búsqueda de la verdad, toma conciencia de su debilidad, asistida por la revelación. Tomando uno de sus pasajes favoritos del Vaticano II (GS 22), el Papa declara que sólo en Cristo se ilumina el misterio del hombre y que los enigmas del sufrimiento y la muerte son llevados al misterio de Dios por la redención del amor.

A la luz de estas premisas, Juan Pablo II reflexiona sobre los cambios de la filosofía. Inicialmente, nos dice, la filosofía se presentaba a sí misma como un camino hacia la sabiduría, refiriéndose siempre a las grandes y recurrentes preguntas acerca de la última constitución de la realidad, del porqué existen las cosas y del fin de la vida humana. Al buscar coherencia lógica, la filosofía produjo sistemas impresionantes, que tratan a la realidad desde principios últimos y las estructuras ontológicas.

En los primeros siglos, el cristianismo se apoyó en la filosofía griega: Los Padres de la Iglesia acogieron la razón abierta a lo absoluto y le infundieron la riqueza de la revelación. La escolástica medieval realizó una síntesis brillante de razón filosófica y teológica. Pero después del siglo XIII, fe y razón tomaron caminos diferentes. La razón autónoma, al sustituir a la fe, probó ser ilusoria. El pragmatismo y la lógica positivista la marginalizaron. El racionalismo dio paso al agnosticismo y la filosofía se limitó a los fenómenos. El postmodernismo vuelve a la filosofía en contra de su vocación original.

Esta degeneración de la filosofía ha tenido nocivas repercusiones sobre la vida de fe. Creyentes contemporáneos se encuentran reacios a afirmar cualquier verdad universal y permanente. Ellos prefieren enfatizar los sentimientos y

las experiencias. Una teología cediendo ante esta tendencia se limita a los estudios bíblicos, a la fenomenología religiosa o a lo meramente narrativo: contar la historia cristiana.

La Encíclica es una llamada de alerta a filósofos y teólogos. Reta a los filósofos a restaurar el carácter sapiencial de su disciplina y recobrar el amplio espacio de la razón. Aún cuando reconoce que ningún sistema puede hacer justicia a la complejidad de la realidad, considera que Tomás de Aquino puede servir como modelo.

A los teólogos les pide insistir en la apertura de la razón hacia lo trascendente. Si la razón carece de esta apertura, será incapaz de recibir la revelación. Los dogmas de la Iglesia, como todas las verdades genuinas son permanentes y universalmente válidas. Para evangelizar el mundo y comprometerse en un dialogo serio los cristianos deben tener confianza en la validez objetiva de la revelación. La Fe, por su propia salud, debe mantener amistad con la razón.

Bajo la visión constructiva de la tradición católica establecida, la encíclica es oportuna. Sin pretender dilucidar cuestiones técnicas debatidas, se dirige a la crisis actual de la verdad. Claramente escrita, está al alcance del lector común, que se sorprenderá al descubrir que la Iglesia Católica, comunidad de fe, defiende con entusiasmo la razón y la filosofía. La verdad es el punto donde se encuentran la fe y la razón.

AVERY DULLES, S.J.

Profesor de Religión y Sociedad en Fordham University. NY.

Traducción libre del artículo en AMERICA. Vol 179. No. 13.1998.